

Como la semilla arrojada en el campo necesita del calor del sol y la proteccion del cielo para producir su fruto, asi tambien la palabra de Dios una vez dentro del corazon necesita el calor vivificante del sol de la gracia, y la lluvia del cielo que la riegue para producir un fruto perfecto, y que madure la mies. No necesita para esto mucho tiempo, ni gran cantidad de semilla; la semilla mas pequena e insignificante puede producir de pronto un fruto muy perfecto, si la secunde la divina gracia. Esto lo estamos viendo continuamente en la vida de los santos y muy especialmente en el siguiente hecho, San Antonio siendo aun adolescente, entra en una iglesia y escucha estas palabras: *Si quieres ser perfecto, marcha, vende cuanto tienes y distribueselo a los pobres despues ven y sigueme* ¹. Tomandolas como dichas para él resolvióse á obedecerlas desde luego. Renunciando entonces á todos sus bienes, y distribuyendo los entre los pobres y comenzó á vivir sobre la; tierra una vida celestial; oh insignificante semillá; oh escelente fruto! ² »

1. Matth. xix, 21.

2. MARCH. *Rat. Prædic. dom. Sexag.* — Idem semen in cor ejusdam ex antiquis patribus, cui nomen Theonas, cum cecidisset per ejusdem verbi Evangelici lectionem, mox se tunica spoliatus, pauperi eam tradidit, perfecta abrenuntiatione Christum pauperem secuturus. Cum vero quidam ei seminando occurrens interrogaret: « Quis te prædo tunica tua spoliavit? » Respondit: « Iste fur me spoliavit; » demonstrabat autem digito codicem suum Evangelicum, in quo verba ista Domini legerat: *Si vis perfectus esse*, etc. Sic sanctus Franciscus, audita missa, et oratione præmissa, rogavit ut sacerdos Missale aperiret, in quo Christus viam sibi placitam dignaretur ostendere. Aderat vero cum ipso primus ejus socius Bernardus. Illorum itaque rogatu aperit Sacerdos librum, et primo occurrit illud: *Si vis perfectus esse, vade, et vende*, etc. Eundem librum dum eorum prece secundo aperit, occurrit illud: *Qui vult venire post me abneget semetipsum*, etc. In nomine sanctissimæ Trinitatis ut tertio aperiat, obsecratur, et tunc occurrit: *Nihil tuleritis in via, neque peram, neque calcamenta*. Tunc Franciscus socio suo Bernardo, qui sapiens et dives Assisii agebat, sic ait: « Ecce signum Domini habemus, perfice quæ audisti. » Ille vero sine mora omnia pauperibus distraxit, et cum Francisco paupere Christum pauperem pauper secutus est. O semen divinum triplicis verbi Evangelici,

III. *¿ Donde siembra? —* Siembra Dios por si mismo y por medio de sus ministros, su semilla, que es su propia palabra, en nuestra alma,

quantæ fuisti efficacæ reconditum in corde Francisci et Bernardi! Sed et illud ipsum semen claustra replet et religiones, in hunc usque diem, immo usque in sæculi finem. Sanctus Nicolaus Tolentinas cum quodam die audisset illud ex ore concionatoris zelo animarum ardentis: *Nolite diligere mundum. Omne enim quod est in mundo, aut est concupiscentia carnis, aut concupiscentia oculorum, aut superbia vitæ*, mox sæculi rebus omnibus contemptis, religioni sancti Augustini nomen dedit, in quo admirabilem fructum peperit; qui quidem fructus huic exiguo semini est ascribendus. Sanctus Augustinus seminabat in carne sua corruptionem, et semen Spiritus ignorabat. At ubi librum epistolarum sancti Pauli aperuit, divina providentia incidit in illud: *Non in cubilibus et impudiciis, sed induimini Jesum Christum* Rom. xiii, 15. Mox vero agnovit semen Spiritus, et abundante lacrymarum imbre illud rigavit; atque illico fructum in eo peperit perfectæ conversionis. Suseipit nimirum, *cum mansuetudine, insitum verbum, quod potest salvare animas nostras*, Jac. i, 35. Sanctus Columbanus adhuc sæculi illecebris detentus legebat vitam admirabilem sanctæ Mariæ Ægyptiacæ, interius autem miram in se sentiebat commotionem; et hoc fuit ei semen efficax, vitæ novæ et pœnitentiæ austeræ germen proferens. Exinde enim animum adjecit ad perfectionem, quem secuta sunt multa religiosorum millia, tanquam fructus uberrimus e minuto isto semine exortus. Non absimile conversionis suæ, et societatis instituendæ initium sortitus est sanctus Ignatius. Legens enim vitas sanctorum, semen invenit optimum, quod in eo primum quidem fructum fecit trigesimum timoris Dei, et fructum deinde sexagesimum amoris, fructum denique centesimum perfectissimæ unionis. Alius quidam dum audisset illud Christi ex Evangelio: *Oves meæ vocem meam audiunt*, et verbum istud cordi suo condidisset, frequensque recogitaret, statim sæculi relicta cogitatione, se Societati Jesu adjunxit, ibi inter oves Christis vocem ejus auditurus perfectius. Unde et ibidem scientia et pietate cum auctoritate excelluit, præpositus generalis electus. Alius item, cum deliciis mollem vitam ageret, nulla sibi de conversione aut religione mentionem fieri volebat. Attamen cum quodam die religiosus quidam sancti Dominici eum invisisset, in digressu hoc ei solum verbum ex propheta insinuavit: *Subter te sternetur tineæ, et operimentum tuum erunt vermes*. Et semen istud in ejus corde tantæ fuit efficacæ, ut illud suffocare numquam valuerit: sed vermes illos semper animo volvens, tandem religioni sancti Dominici se vovit maximo cum fructu (MARCH. loc. cit.).

como un sembrador ordinario que siembra en el campo su semilla ¹. Pero así como en los campos hay sitios en que la semilla que cae en ellos prospera más que en otros, lo cual es causa de que el labrador inteligente cuide de sembrar en cada terreno la semilla que mejor le cuadra; así también hay en nuestra alma las llamadas potencias de las que cada una nuestra especial aptitud para recibir ventajosamente tales semillas con preferencia á otras, lo que es causa de que Dios modifique su semilla a las aptitudes del alma.

Esas potencias, al menos las principales son la memoria, el entendimiento y la voluntad.

En la memoria deposita Dios la semilla necesaria ó conveniente á la instrucción. Por eso en dicha potencia siembra el Señor las verdades de la religión y el conocimiento de nuestros deberes así como los medios que á nuestra disposición coloca para cumplirlos. También en dicha potencia coloca el recuerdo de sus beneficios, bien sea para avergonzarnos por nuestra ingratitud, bien con objeto de escitar nuestra confianza en su infinita bondad. De igual modo deposita en esta potencia el recuerdo de nuestros pecados con objeto de humillar y confundir nuestro orgullo; el pensamiento del infierno, para apartarnos del mal; es de cielo para apartarnos al bien; el de la muerte para apartarnos del mundo; el de juicio para que al mismo nos preparemos.

Coloca Dios en la inteligencia las semillas propias ó capaces de iluminarnos. Por medio de esas semillas de luz llegamos á conocer las pruebas de nuestras creencias, descubrimos los misterios de la religión, así como la relación y sublime armonía que existe entre el mundo natural y el sobrenatural, ya sea en las partes todas de que consta la creación, y que dan testimonio del poder, sabiduría y soberanía de Dios, satisfacen á nuestro espíritu y robustecen la fé. Por medio de esta divina semilla es como distinguimos hasta en los casos más embrollados y oscuros lo bueno y justo de lo injusto y malo; de esa luz nos servimos para descubrir los lazos y emboscadas que

1. Ved más alto, pag. 129, la nota 1.

nos tiende el enemigo de las almas y reconocemos el camino que es preciso seguir para no alejarnos y perdemos.

En la voluntad por último siembra Dios la semilla á propósito para hacernos obrar el bien y practicar la virtud. Tales son, por ejemplo, los gustos de generosidad y sacrificio, los santos deseos y piadosos afectos. Esos gustos deseos y afectos, si no los ahogamos en nuestro corazón con nuestra malicia, no pasará largo tiempo sin que se produzcan al exterior bajo la forma ó aspecto de un tallo. Careciendo de dicha semilla no hacemos jamás nada sobrenatural. Sin mí, dice expresamente el Señor, no podéis hacer nada¹, es decir, llevar á cabo acción alguna buena. Partiendo de esta enseñanza del divino Maestro, añade san Pablo, que no somos siquiera capaces de tener por nosotros mismos ni un solo bien pensamiento, y que si capaces de ellos somos es por que es pensamiento procede de Dios². Cuando hacemos, por ejemplo, una cuantiosa limosna verdaderamente cristiana, Dios es que sembró tan hermosa semilla de beneficencia. Y cuando perdonamos generosamente á nuestro enemigo, Dios es quien sembró esa semilla de misericordia. Y cuando reparamos el daño que hicimos al prójimo, Dios es quien sembró aquella simiente de justicia. Y cuando nos arrepentimos sinceramente de nuestros pecados, Dios es quien sembró en nuestro corazón la semilla de arrepentimiento. Y así podemos decir de todas las demás virtudes que podemos practicar.

He aquí donde siembra Dios su semilla en nuestra alma, y cada simiente particular en la potencia del alma en que más fácilmente puede desarrollarse. Fáltame ahora explicarlos.

IV. — *Porque siembra.* — Siembran los labradores por hacer negocio y en propia conveniencia; siembran para recoger el fruto cuando llegue el tiempo de la cosecha, ó bien para procurarse dinero cuando lo vendan. No sucede lo mismo respecto á Dios. Dios nada necesita, no es, por tanto, en vista de las ventajas que la

1. Joan. xv, 5.

2. Non quod sufficientes simus cogitare aliquid a nobis, quasi ex nobis, sed sufficientia nostra ex Deo est. (II. Cor. iii, 5.)

siembra puede reportarle por lo que siembra. ¿ Entonces porque siembra? Voy á deciroslo : Dios siembra en nuestro corazon su palabra en ventaja ó provecho nuestro.

La palabra que Dios en nuestro corazon siembra, sino la ahogamos nos proporciona en primer lugar la felicidad en este mundo. ¿ Pues que es lo que á nuestra felicidad se opone? Primeramente nuestras pasiones. Esas pasiones, sino las reprimimos nos arrastran al mal y el mal una vez ejecutando nos hace desgraciados. Preguntadlo sino á esa desdichada joven que por la vanidad cayó en el desorden y viven la actualidad siendo objeto de desprecio y en la mayor miseria. Preguntadlo á aquel infortunado al que la pasión de la embriaguez indujo primero al robo, y despues al homicidio y al presidio. Ambos habian hecho su primera comunión; la palabra de Dios se habia superabundantemente en ellos sembrado; pero la ahogaron antes de nacer, y consecuencia de ello fué necesariamente el despeno de sus pasiones y su desgracia como resultado. Basta para conocer esta verdad, interrogarnos á nosotros mismos, ¿ Hemos ahogado alguna vez en nosotros la divina semilla sin que hayamos tenido que experimentar alguna desdicha ó á lo menos algun remordimiento? Siempre, por el contrario que recibido dicha semilla como es debido. ¿ No es cierto que no hemos tenido sino motivos para felicitarnos, por el buen aspecto que han tomado nuestros asuntos ó á lo menos por el contentamiento que ha nuestra alma inundado?

Lo que tambien se opone á nuestra felicidad temporal son las pasiones de los que nos rodean: la desobediencia ó insubordinacion de los hijos respecto á sus padres; de las mujeres para con sus maridos; la brutalidad de estos respecto á su mujer; la infidelidad de los criados con respecto á sus amos; lo severidad y dureza de los amos para con sus criados. Suponed sin embargo que todos favorecen en su corazon el desarrollo y crecimiento de la semilla que Dios colocó en el mismo, ¿ no es evidentes que todos seran felices causando la felicidad los unos á los otros? los padres veranse obedecidos por los hijos que les permanecieran sumisos, los maridos hablaron á sus mujeres siempre dispuestas á cumplimentar sus or-

denes, las mujeres encontraran en sus movidos dulzura y benevolencia, los amos veran en sus criados una honradez á toda prueba y los criados en sus amos los miramientos debidos á la humana flaqueza?

Por la palabra que el Señor deposita en nuestro corazon procuramos ventajas aun mayores que la felicidad temporal, y estas ventajas, sin duda lo habeis adivinado, son la felicidad y bienaventuraza eternas de la otra vida. Si Dios no depositara en nuestra alma su semilla imposible fuera nos alcanzar el cielo. Pues para llegar hasta el, necesario es saber en primer lugar que existe, despues saberlo que para alcanzarle hacer debemos, y en ultimo termino tener la fuerza de voluntad necesaria para cumplir tales preceptos. La semilla que Dios en nuestro corazon siembra, es la que nos proporciona todas estas cosas. Sabemos que existe el cielo porque el mismo Dios por medio de la semilla de la revelacion nos lo ha dicho: conocemos lo que es preciso hacer para alcanzalo porque Dios nos nos ha instruido igualmente por media de la semilla su palabra santa, en fin si llegamos á cumplir lo que se nos manda y á evitar lo que se nos prohíbe es á causa de la semilla de la fortaleza que el Señor en nosotros deposita.

El principal efecto de la siembra que el Señor en nuestras almas verifica es, por tanto, el ponernos en estado de alcanzar el cielo. Desarrollandose en nosotros tan sagrada semilla produce cuanto es necesario á dicho efecto. Mas, recordad bien, lo que no ha mucho os decia, esto es, que dicha semilla no produce sus frutos, bien entendido sino en cuanto nosotros no la ahogamos con nuestra malicia. ¡ Cuantos hay, en efecto, en quienes se siembra y sin embargo, se condenan! ¿ No la habia sembrado acaso Dios en el corazon de Cain? ¿ No la habia sembrado tambien en el de Judas? Pero estos dedichados la ahogaron en su corazon, antes de que brotara, el primero con su envidia, el segundo con su avaricia y he aqui porque se condenaron.

No opongamus pues obstaculos á las generosas intenciones ó inspiraciones que el Señor deposita en nosotros por medio de su semilla y que no tienen mas objeto que el de hacernos felices en este mundo

y en el otro. Secundemos por el contrario estas intenciones, favoreciendo en nosotros el desarrollo de la divina semilla con nuestro apresuramiento en recibirla, nuestra fidelidad en conservarla, y nuestro cuidado en preservarla de todo aquello que pudiere perjudicar su crecimiento.

Conclusion. El sembrador de que nos habla el Evangelio de este día, es Dios que siembra sin cesar, muchas veces por sí mismo, pero también algunas por medio de aquellos que le representan, o valiéndose de acontecimientos prosperos ó adversos que nos suelen acaecer. Lo que siembra es su propia palabra, ya como voz que dejó oír, ya como una inspiración interior. El campo en que siembra su semilla es nuestra alma. En fin, Dios no siembra por su propia conveniencia, sino para facilitarnos la felicidad en esta vida y en la otra. He aquí lo que acabamos sino de aprender al menos de considerar ¹. Penetremos bien de estas verdades, de que no

1. De todas estas consideraciones en general y de cada una de ellas en particular, debemos sacar en consecuencia el que es preciso mostrarnos agradecidos á Dios y estimar en el alto grado la divina semilla. Debemos rogar al que la distribuye que la derrame abundantemente en nuestro corazón, y para obtener dicha gracia es preciso que invoquemos las tres divinas personas de la santísima trinidad diciendo: oh ¡Padre celestial! que habeis dado al mundo vuestro Verbo, vuestra palabra increada que la engendrais eternamente dentro de vos, y que nos habla intimamente al corazón, os suplico en nombre de ese Verbo, que es vuestro Unigénito que procureis santos pensamientos á mi mente, para que esta semilla siempre fecunda produzca en mí los frutos de las virtudes; oh Verbo eterno, que salido del seno del Padre vinisteis al mundo para sembrar vuestra doctrina como semilla que os es propia puesto que procede de Vos, sin que la hayais recibido de persona alguna, venid á iluminar mi entendimiento para que yo os conozca y me conozca á mí mismo, sabiendo lo que debo creer y lo que debo obrar, y pueda cumplir fielmente todo lo que os sea agradable; oh Espíritu santo! que según la expresión del Evangelio, *soplais donde quereis*, Joan III, 8, y que no rehusais nunca vuestra gracia cuando de la misma necesitamos, impresionad nuestra voluntad, haced nacer en la misma afecciones santas, abrasadla con las llamas de vuestro amor divino y hacedla capaz de que produzca abundantes fru-

necesito esforzarme para demostraros importancia. Pues que Dios es quien siembra en nosotros y lo que siembra es su propia palabra, esto es. El mismo, recibamos siempre con el mayor respeto esta semilla bien sea que lo leamos, bien que la sigamos y cuidemos deque la mas insignificante parte de la misma no permanezca infructuosa para nosotros. Si permanecemos fieles á esta práctica, estemos seguros que despues de haber sido felices en este mundo en virtud de la divina semilla, lo seremos también eternamente en el otro. Amen.

tos de vuestro Espíritu, Gal. v, 25.; Oh, Trinidad adorable! gracias os doy por haber tan copiosamente derramado tan divina semilla en semejante terreno! oh Semilla divina! ¿Porque no te aprecia el hombre cual merecés! ¿Porque no experimentamos todos los efectos de tu poder?; oh alma mia! tierra ingrata ¿eres digna acaso del desco de verla en ti sembrada? Pídelo pues á quien concedertela puede que no sera desatendida tú petición. (El Ven. P. Du Pont, *Medit.* 3 p. 44, med. 1, punto, n. 5.)